

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

# Los extraños Paraguas del Tío Wiggily

El Tío Wiggily salió un día a la aventura y, como parecía nublado, llevó su paraguas. El señor de los conejos no había saltado mucho antes de que empezara la lluvia de abril.

—Voy a abrir el paraguas —dijo el conejo.

Iba avanzando cuando se dio cuenta de que la Tía Lettie, la señora cabra, no tenía paraguas.

—Oh, por favor, ¡toma el mío! —suplicó el conejito—. Me gusta mojarme.



—Oh, gracias —baló la Tía Lettie—. Pero, ¿no podemos caminar los dos bajo este paraguas?

El Tío Wiggily dijo que no, ya que no iba en su dirección. El conejito se estaba mojando bastante cuando de un salto apareció el señor Croaker.

—Aquí tienes una gran seta, Tío Wiggily —gruñó el Sr. Croaker—. Puedes usarla como

paraguas. Yo estoy acostumbrado a la lluvia.

El Tío Wiggily le dio las gracias al sapo y miró a la Sra. Colarretorcida.

El Tío Wiggily no llevaba mucho tiempo bajo el paraguas de la seta cuando llegó la Sra. Colarretorcida, la cerdita, sin nada que le quitara el chaparrón de abril de su sombrero nuevo.

—Por favor, llévate esta seta —suplicó el tío conejo—. No la necesito.

La señora Colarretorcida le dijo que era muy amable, y lo invitó a pasear bajo ella con ella, pero él iba en dirección contraria.

—Me gusta mojarme —dijo amablemente.



El Tío Wiggily iba saltando bajo

la lluvia sin paraguas, cuando, de repente, oyó una voz que decía:

—¡Cuac! ¡Cuac! ¡Cuac! Venga aquí, Sr. Orejaslargas, y le daré una sombrilla japonesa que no necesitamos. Nosotros los patos solo vivimos en el agua.

El conejito dio las gracias a la señora Temblorosa. Justo en el

momento en que el Tío Wiggily levantaba el paraguas de





papel, que impedía que lloviera, apareció la señora Kikirikí, la gallina.

—Oh, por favor, Sra. Kikirikí, llévese esta sombrilla japonesa que me prestó la señora Temblorosa —le gritó el Tío Wiggily a la señora gallina cuando vio que se estaba mojando.

—Oh, ¡pero te estaré robando! —cacareó la Sra. Kikirikí.

—¡Tonterías! —rio el Tío Wiggily—. No me importan las lluvias de abril. Además, tal vez pueda meterme debajo de la sartén con este amable perro que veo venir. ¡Manténgase seca, Sra. Kikirikí!



—¡Oh, Tío Wiggily! —ladró el harapiento pero educado perro vagabundo—. No querrás mojarte. ¡Toma mi paraguas! Lo hice con un viejo plato que encontré y un palo de escoba. Te mantendrá seco. En cuanto a mí, me quedaré bajo la lluvia y así se lavará mi ropa.



El tío Wiggily le dio las gracias al perro vagabundo, y justo entonces, el conejito vio llegar a la señora Colapeluda, la señora ardilla “Debo ayudarla”, pensó.

Apenas el Tío Wiggily se puso bajo el paraguas, apareció la Sra. Colapeluda. La señora ardilla se estaba mojando.

—¡Oh, mi querida Colapeluda!

—exclamó el Tío Wiggily—.

¡Por favor, permíteme! Este no es un paraguas elegante, pero te protegerá de la humedad.

Y el conejito se quedó bajo el chaparrón de abril mientras la Sra. Colapeluda salía corriendo. Entonces

salió de su casa con unas tortitas el señor Colilla, el simpático oso.



—¡Mira, Tío Wiggily! —dijo el Sr. Colilla—. No hace falta

que te mojes. Aquí tienes unas tortitas muy duras que ha hecho mi mujer. No puedo comerlas; la lluvia no les hará daño. Sujétalas a un palo y te protegerán de la lluvia.



El conejito, dando las gracias al oso, así lo hizo. Y el Tío Wiggily iba saltando bajo la

lluvia con su paraguas de tortitas cuando apareció el caimán Skillery Scallery.

—¡Un momento! —gruñó el caimán.  
—¡Oh, no! —respondió el Tío Wiggily—. Sé lo que quieres:  
¡mis orejas!  
—Bueno, tengo tanta hambre que debo comer algo.  
¡Quédate quieto hasta que te atrape! —gruñó el caimán.  
Pero el Tío Wiggily no lo hizo y gritó:  
—¡Toma, mordisquea algunos de los pasteles de la Sra.  
Colilla! ¡Son tan duras que puedes masticarlas durante  
una semana, y yo puedo escapar!  
Entonces salió el sol.

